

robado, duque de Lorena, que fue asesinado en Amberes, y habia sido siempre muy fiel al Rey Enrique, estaba casi á todas horas al lado del Papa, á quien mostraba el afecto de una hija para con su padre. Esta circunstancia dió pie principalmente á los clérigos estragados, que son los mas licenciosos en sus juicios no menos que en su conducta, para acusarla de un comercio criminal con Gregorio. Pero todas las personas sensatas (dice el juicioso historiador Lamberto (1)) observaban tan claro como la luz del medio día que todo esto no era mas que una calumnia. Matilde habia dado pruebas de su virtud en ocasiones en extremo críticas. Era la mas absurda calumnia (continúa) acusarla de fragilidad con un anciano, en quien la condesa Beatriz su madre la habia acostumbrado á no ver mas que al Vicario de Jesucristo. Hubiera sido absolutamente imposible que á no ser quimérico este delito quedase en el estado de una mera sospecha, porque la Princesa no habria podido ocultar su mala conducta á tantos ojos enemigos que la estaban observando de continuo. El Papa Gregorio por su parte (dice Lamberto) hacia una vida tan egemplar y tan pura, que muchas veces la bendijo el cielo con milagros.

Sabiendo Matilde en el camino la llegada del Rey á Italia, inclinó al Papa á retirarse cerca de Reggio á la fortaleza de Canossa, distinta de la ciudad del mismo nombre, situada en el reino de Nápoles, con el objeto de observar allí la conducta del Rey, y

(1) *Lamb. pag. 234.*

penetrar sus intenciones, que eran interpretadas de muy distintas maneras. Llegaron á Canossa entretanto muchos obispos y señores alemanes á quienes habia escomulgado el Papa, y por esta razon los habia separado el Rey de su persona. Habiendo llegado á Lombardía, despues de haber estado espuestos á mil peligros, fueron descalzos y vestidos de lana á pedir la absolucion al Pontífice. Respondió este que nada deseaba con mas ardor que la reconciliacion de los pecadores; pero que una obstinacion tan larga pedia penitencia y pruebas convenientes. Como se mostraron sujetos á todo lo que quisiese prescribirles, mandó que estuviesen los obispos en celdas separadas, privados de toda comunicacion y reducidos á una comida frugal que debian tomar al anochecer. A los señores les impuso penitencias conformes á su estado, y proporcionadas á las fuerzas de cada uno de ellos. Despues que pasaron de este modo algunos dias los llamó, los reprendió sin acrimonia, les dió la absolucion, y los despidió encargándoles que no comunicasen con el Rey Enrique, ni le hablasen como no fuese para escitarle á la penitencia.

28. En fin, tomó Enrique las disposiciones mas eficaces para quedar absuelto (1). Despues de haber logrado tener una conferencia con la condesa Matilde, hizo que esta señora se presentase al Papa con la comision de prometer cuanto se exigiese, y de dar todos los testimonios posibles de sumision y respeto; y consiguió además que su suegra la condesa de Sabo-

(1) *Id. pag. 24. et seq.*

ya, y el conde su hijo acompañasen á Matilde con algunas otras personas de las mas apreciables para el Pontífice, de cuyo número fue San Hugo de Cluny. Llevaban el encargo de pedir la absolucion para el Rey, y de dar á entender al Papa la injusticia de las acusaciones apasionadas de los alemanes. Respondió Gregorio que los cánones prohibian examinar á un acusado estando ausentes sus acusadores, y que si el Rey se creía inocente no debia temer la asamblea de Angsburgo, donde el Vicario de Jesucristo decidiria segun las reglas de la equidad sin aceptacion de personas y sin ninguna preocupacion. Replicaron los diputados que no temia el Rey sujetarse al juicio del Papa en cualquier parte que fuese, sino que le estrechaba el año de su excomunion, pues estaba próximo á espirar, y que luego que se cumpliese le declararían los señores privado para siempre de la dignidad real sin querer oírle." Por tanto (añadieron) os suplicamos que absolvais al Rey de la excomunion con las condiciones que os agraden, supuesto que promete justificarse luego de las acusaciones formadas contra él, y en caso de no egecutarlo, ofrece renunciar la corona.

Como tenia Gregorio bastante esperiencia de la ligereza del Rey Enrique, estuvo dudando algun tiempo, y respondió despues: „si está verdaderamente arrepentido, ponga en nuestro poder la corona y las demás insignias de la dignidad real, y declárese indigno de ellas." Juzgando los mediadores que estas condiciones eran demasiado duras, suplicaron al Papa

que no redujese á aquel Príncipe á un extremo peligroso. Cediendo por último Gregorio, aunque con mucho trabajo, „venga (dijo) y repare con su sumision la injuria que ha hecho á la santa Sede." Fue el Rey en efecto á la fortaleza de Canossa, dejando fuera toda su comitiva, y entrando él solo en la plaza, que tenia tres órdenes de murallas. Se le mandó que se quedase en el segundo, sin ninguna señal de dignidad, sin calzado, y sin mas ropa que una capa de paño muy grueso. De este modo pasó el resto del dia, y los dos siguientes sin tomar mas alimento que un poco de pan que le daban al anochecer.

En fuerza de las repetidas instancias de la condesa Matilde y del santo abad de Cluny, de quien hacia el Papa un aprecio muy particular, fue admitido Enrique á los cuatro dias á la audiencia pontificia. Despues de muchas discusiones se determinó que se le absolveria con las condiciones siguientes: que compareceria Enrique ante los grandes de Alemania en el dia y lugar que indicase el Papa, y que responderia á las acusaciones de que habia de ser juez el Sumo Pontífice: que con arreglo á esta decision conservaria ó dejaria la corona, sin intentar jamás ninguna venganza por estos procedimientos; que entretanto no llevaria ninguna insignia de la dignidad real, ni tendria ninguna parte en el gobierno del estado sino para cobrar las rentas que exigiese la manutencion de su casa; que el efecto de los juramentos que se le habian prestado, quedaria suspenso en este intervalo; que apartaria para siempre de su presencia

á las personas que le habian dado malos consejos, y en especial á Roberto, obispo de Bamberg; que si se justificaba y conservaba la dignidad real, se mostraria siempre sujeto á la Cabeza de la Iglesia, y le ayudaria con todo su poder á corregir en su reino los abusos contrarios á las leyes eclesiásticas; y en fin, que si faltaba á alguna de estas condiciones seria nula la absolucion, se le condenaria irrevocablemente, y quedarian los grandes en plena libertad para elegir otro Soberano.

Aceptó Enrique todas estas cláusulas, y firmó el papel en que se estendieron, y aseguró su observancia con los juramentos mas terribles. Quiso tambien el Papa que los mediadores del tratado fuesen garantés de él, y juraron todos sobre las santas reliquias, excepto el abad de Cluny que por razon de su carácter empeñó sencillamente su palabra en presencia de Dios. Tomadas todas estas precauciones, fue absuelto el Rey, y despues celebró el Papa el santo sacrificio de la misa. Concluida la consagracion, llamó al penitente y á sus antiguos cómplices, tomó en la mano el cuerpo de nuestro Señor, y habló en estos términos: „Me habeis acusado de que he usurpado la santa Sede, y de que he cometido antes y despues de mi entrada en el pontificado unos delitos que me hacen indigno de este puesto sagrado. Aunque estoy bastante justificado con la virtud de los autores de mi promocion, y con el testimonio de los que han presenciado toda mi conducta desde mi infancia, sin embargo para disipar hasta las menores sombras, sea

en este momento el cuerpo de Jesucristo una prueba de mi inocencia, ó si estoy culpado, entre solamente en mi seno para darme la muerte.” Dichas estas palabras, dividió la santa hostia y consumió la mitad á vista del pueblo, el cual dió mil gritos de alegría y de bendicion.

Imponiendo despues silencio, dijo al Rey (1): „Haz, hijo mio, si quieres, lo que me has visto hacer. Los señores alemanes te imputan una porcion de delitos que te escluyen para siempre, no solo de la comunion de los fieles, sino tambien de toda funcion civil y política. Supuesto que temes el error de los juicios humanos, y que quieren que te sujetes á ellos; si te sientes inocente, toma esta otra mitad de la víctima sagrada, y cierra así la boca á todos tus enemigos. En tal caso, nadie mostrará mas actividad que yo para reconciliarte con los grandes, y terminar de una vez las inquietudes de los ciudadanos y el escándalo de los fieles.” No esperaba el Rey este género de desafío. Sorprendido y sin saber que hacerse, retrocedió algunos pasos, habló aparte con sus confidentes, y deliberó lleno de temor y de sobresalto acerca del partido que debia tomar. Habiéndose tranquilizado un poco, respondió, que hallándose ausentes casi todos sus acusadores y los grandes del reino, darian poco crédito á todo lo que hiciese para justificarse, y que suplicaba al Papa reservase enteramente el asunto para la dieta general. Condescendió el Pontífice con la súplica del Rey, y sin embargo le

(1) *Lamb. pag. 250.*

dió la comunión. Le convidó tambien á comer al salir de la misa, y le trató con mucho honor. Despues de instruirle con particular cuidado en todo lo que debia observar, le envió con sus gentes que se habian quedado fuera de la fortaleza. Sin perder un momento escribió el Papa á los señores de Alemania todo lo que acababa de pasar, y les participó que estaba resuelto á ir á su pais para procurar definitivamente la paz de la Iglesia y del estado.

29. No se olvidó de disponer que quedasen absueltos los escomulgados de la comitiva del Rey, para que este Príncipe no volviese á incurrir en la excomunion comunicando con ellos. Pero luego que Eppon, obispo de Ceitz, á quien se dió este encargo, espuso á los lombardos el objeto de su legacion, se sublevaron con la mayor audacia contra el Papa, tratándole de usurpador y de simoníaco, deshonorado con homicidios, con adulterios, y con todo género de maldades, y escomulgado por todos los obispos de Italia. Añadieron, que el Rey se habia cubierto de un oprobio eterno, sujetándose á un herege que se titulaba Pontífice, abandonándolos vilmente despues que se habian declarado por él con tanto valor contra un enemigo público, y en fin, haciendo traicion á la Iglesia y al imperio. Estas violentas invectivas esparcidas por el pueblo, produjeron una conspiracion general contra el Rey. Fue tal el descontento que se advirtió en el espacio de muy pocos dias, que se resolvió unánimemente separar al Rey Enrique, poner en su lugar á su hijo, aunque era

todavía un niño, llevarle desde luego á Roma, y elegir allí otro Papa que le coronase Emperador y anulase todo lo que habia hecho Hildebrando.

Consternado el Rey con esta rebelion, envió todos los señores que tenia consigo para que aquietasen á los lombardos por cualquier medio que se pudiese conseguir; haciéndoles presente, que si el Rey habia procedido de aquel modo era por la necesidad urgentísima de quedar absuelto. Antes que se consumase la rebelion en Alemania, se logró evitar la de Italia; pero Enrique tuvo que sufrir los golpes mas sensibles del desprecio y de la indignacion pública. Los señores se retiraron casi todos sin despedirse, y las ciudades que estaban al paso creían hacer demasiado con no cerrarle las puertas. Por último, juzgó que el único medio de adquirir lo perdido era romper el tratado que acababa de concluir, y le rompió en efecto á los quince dias. Llamó, pues, á sus ministros y á sus confidentes escomulgados, empezó á declamar contra el Papa, y convidó á los lombardos á que concurriesen con él á vengar sus injurias comunes. Con este artificio volvió á conciliarse insensiblemente su afecto, y en muy poco tiempo tuvo á sus órdenes un ejército numeroso.

30. Al contrario, los alemanes se empeñaron mas y mas en su primera resolucion. Los duques Rodolfo, Guelfo y Bertoldo con los obispos de Maguncia, Wirsburgo, Metz y gran número de Señores convocaron á todos los demás á Forcheim, ciudad de Franconia, para el día 13 de Marzo, y al mismo tiempo

escribieron al Papa, que supuesto que la mala fe de Enrique no le habia permitido hallarse en Augsburgo el dia de la Purificacion, no dejase á lo menos de concurrir á Forcheim para el dia que se señalaba de nuevo. Estaba todavía Gregorio en Canossa, ó en alguna otra de las fortalezas inmediatas, resuelto á no volver á entrar en Roma hasta haber efectuado el viage de Alemania. Aunque se hallaba muy bien informado de la mudanza de Enrique, le envió legados para advertirle que aun era tiempo de cumplir sus promesas, y para exhortarle á que concurriese á Forcheim, donde se decidiria su causa de un modo íntegro y definitivo por la Cabeza de la Iglesia. Disimulando el Rey por su parte, respondió que era demasiado corto el término de la citacion, atendida la multitud de asuntos mayores que tenia que despachar en el primer viage de Italia, y pidió al Papa el permiso para recibir del modo acostumbrado la corona de Lombardía; lo que rehusó Gregorio diciendo, que solo le habia admitido á la comunión de la Iglesia, y no á la dignidad real, para lo cual, añadía, era indispensable el consentimiento de los grandes.

31. Enfurecido Enrique, pero sin olvidarse jamás de su carácter disimulado, quiso apoderarse del Papa y de la condesa Matilde, y á este efecto hizo que se les propusiese una conferencia. Pero le conocian demasiado bien para caer en este lazo. Advertida oportunamente la Princesa, se retiró con el Pontífice á los desfiladeros de las montañas. Desde esta época no volvió á ver Enrique á Gregorio ni á Matilde, la cual

tuvo al Papa en su casa por espacio de tres meses; en medio de la rebelion de tantos hijos desnaturalizados, hizo donacion de todos sus estados á la iglesia romana, reservándose el usufructo durante su vida. De este modo adquirió la santa Sede un derecho á la Toscana y Lombardía, que fue para ella un manantial de turbulencias y calamidades. Esta donacion aumentó el amor de los romanos al Papa Gregorio, el cual fue recibido con una alegría extraordinaria cuando volvió á entrar en Roma por el mes de Setiembre sin haber estado en Alemania, segun lo habia resuelto (1). Pero envió legados con la comision de que representasen su persona en Forcheim, y manifestasen á los señores alemanes lo que acababa de suceder, cuidando de conservar el mejor orden posible en los asuntos, ya que Enrique no le habia dejado hacer su viage, pero sin determinar ninguna cosa definitivamente hasta que pudiese vencer los obstáculos que le impedian pasar á donde ellos estaban.

32. Reunidos ya todos los grandes, y hecha una larga enumeracion de los daños que les habia causado Enrique, y de los que debian temer todavía de un Príncipe incorregible y perjuro, respondieron á los legados que se esponia el reino á una desgracia irremediable, si no se elegia un Rey en aquella misma asamblea (2). Bernardo, abad de San Víctor de Marsella, gefe de la legacion, y célebre por su elevada virtud, dijo de acuerdo con su colega que era cardenal diácono, y se llamaba tambien Bernardo:

(1) *Cron. Cassin. lib. 3. cap. 49.* (2) *Vit. S. Greg. VII. c. 10.*